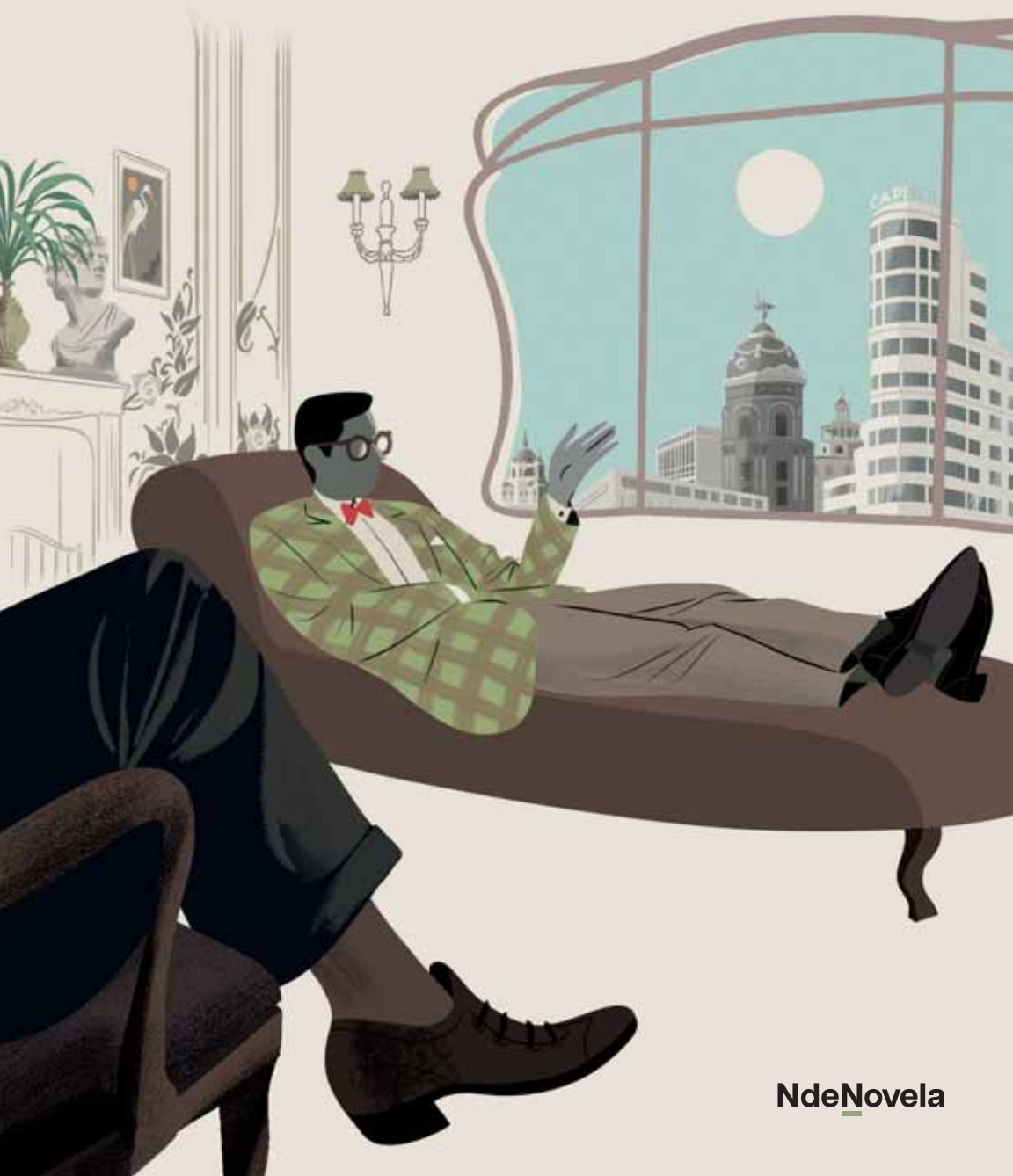


LUIS DÍAZ DE BUSTAMANTE

El viudo



Luis Díaz de Bustamante

El viudo

NdeNovela

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Luis Díaz de Bustamante, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2025
Depósito legal: B. 8.547-2025
ISBN: 978-84-10140-29-5
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo
Printed in Spain - Impreso en España



Lunes, 24 de febrero de 2020

Lo cierto es que te he mentado, Paul, claro que he empezado a escribir.

Desde el momento en el que me lo planteaste en la consulta, tu idea de poner en negro sobre blanco las cosas que me están pasando por la cabeza me pareció razonable. Incluso confío en que este método me ayude a transitar por el camino tan oscuro en el que me encuentro; escribir siempre me ha parecido más fácil que hablar. Aunque todavía no tengo claro si en algún momento compartiré estas líneas contigo.

Sigo pensando que un diario es infantil o, como mínimo, inmaduro, algo más propio de un adolescente con problemas amorosos que de un adulto de casi cuarenta años. Por eso, en vez de comenzar estas líneas con un «querido diario», he preferido dirigirme a ti. De esta manera no me siento tan patético, es como si iniciara una larga correspondencia con un amigo íntimo. Aunque, desde luego, no somos íntimos; de hecho, solo te he visto dos veces en toda mi vida; sin embargo, me inspiras confianza, Paul.

Sí, desde la primera vez que te vi, pensé que eras un buen tipo. Sé que no te acuerdas, pero estábamos en la sala de espera del tricólogo. Porque compartimos tricólogo, Paul, o por lo menos consulta, y eso significa que, además de preo-

cuparnos por nuestro aspecto, tenemos buen gusto; la consulta es la más exclusiva de Madrid, o eso es lo que siempre me aseguraba Clara.

Cuando te vi en aquel lugar, era la primera vez que salía de casa desde que sucedió todo; también la primera vez que iba al tricólogo sin ella. Y fue en aquella sala, una sala impersonal en la que todos nos vigilábamos un poco entre nosotros, porque es ciertamente humillante perder pelo antes de los cuarenta años, donde me fijé en tus zapatos. Llevabas unos John Lobb negros de suela fina, sobrios y elegantes, unos zapatos que yo también tengo.

¿Sabes, Paul? Clara tenía fijación absoluta por los zapatos de los hombres; para ella, era un elemento suficiente para cribar a las personas, como el pelo o los dientes en las ferias de ganado, y me imagino que, como pasa en todos los matrimonios, te acabas apropiando de todas las obsesiones y manías de tu pareja. Sí, creo que fueron esos zapatos los que te otorgaron cierta honorabilidad, a Clara le habrían encantado, definitivamente.

Recuerdo que te llamaron por teléfono. Al descolgar, me percaté enseguida por tu acento de que eras francés; aunque, si hubieses sido mudo, habría llegado a la misma conclusión, porque todo en ti resultaba francés: gafas de pasta redondas, chaqueta algo raída y un jersey oscuro de cuello vuelto, como de escritor o de profesor de literatura en la Sorbona que se acuesta con sus alumnas mientras vive una existencia atormentada. No te lo tomes a mal, Paul, es lo que pensé, yo no tengo ese aspecto, pero un porcentaje de mi sangre es francesa y reconocería a mis compatriotas lejanos como los perrillos que se olisquean el trasero y ya saben todo del otro. Además, nunca te juzgaría por el tema de las alumnas, me encantó *El informe Pelicano*, ya sabes, esa película en la que Julia Roberts des-

tapa una conspiración mientras mantiene relaciones inapropiadas con su profesor de universidad.

Quizás no hayas visto *El informe Pelicano*, Paul; si ese fuese el caso, te lo recomiendo. Has de saber que soy un cinéfilo empedernido y que tiendo a utilizar las películas para expresar mis emociones. Clara se ponía muy nerviosa cuando hacía esto, ella no soportaba mi obsesión por el cine; tampoco comprendía mi adoración por la obra de Woody Allen, Scorsese o Polanski, pero al final acababa sucumbiendo a mis sesiones interminables de *Frenético* y *Casino*; me pregunto si, en el lugar en el que se encuentra ahora, puede ver algo de cine; me pregunto si todas las películas que vimos juntos le habrán podido servir de algo en ese lugar que nadie conoce.

En cambio, tú seguro que me entiendes, eres francés y los franceses apreciáis la cultura por encima de todo. También Clara, no te equivoques, ella era inquieta y cultivada, solo que no le gustaban mis películas. Aunque no me quiero desviar, Paul, volvamos a la consulta del tricólogo y a tu conversación telefónica.

A pesar de tus intentos por bajar el volumen del móvil, pude oír al otro lado de la línea lo que parecía ser una mujer enrabiada; me recordaba al tono que solía utilizar Clara cuando estaba verdaderamente cabreada.

Al principio pensé que se trataría de tu esposa, la típica riña conyugal de lunes por la tarde; recuerdo que le hablabas con voz suave, intentabas serenarla. Cogí una revista de coches que no me interesaba en absoluto y fingí que la estaba estudiando con verdadero interés porque necesitaba una coartada para seguir escuchando sin que te percatases; lo cierto es que soy una persona inquieta y curiosa por naturaleza, Paul. Entonces le dijiste que se pasase por tu consulta la semana siguiente, que seguiríais la conversación allí. Deduje de inmediato que aquella señora tan alterada debía de

ser una clienta, una paciente al borde del colapso, puede que incluso tu exesposa, pero lo importante es que comprendí que eras doctor.

Y hubo algo que me llamó aún más la atención.

Tenías pelazo.

Sí, Paul, eras, con diferencia, la auténtica envidia de cualquiera de los que estábamos allí intentando no parecer ratas arias. Tenía curiosidad por saber si aquella mata era natural o se trataba de una peluca, me parecía rarísimo que alguien con tu pelo estuviese en aquella consulta; luego caí en la cuenta de que en ese centro también trabajan dermatólogos con otras especialidades, por lo que quizás estuvieses allí para extirparte un lunar inguinal o revisarte un pie de atleta.

Apareció la recepcionista vestida con un uniforme blanco y el pelo rizado de un color entre naranja y rojizo, como todas las recepcionistas de ese lugar (bueno, y como casi todas las recepcionistas del mundo), y pronunció tu nombre y apellido; tú te levantaste, colgaste el teléfono con un gesto aliviado y te despediste de nosotros.

Por supuesto, tardé menos de un segundo en buscarte en internet, porque tengo alma de investigador privado y averigüé que eres parisino y también un psicólogo muy reconocido con una gran cantidad de estudios y publicaciones. No te enfades por haberte buscado, Paul, considera que lo verdaderamente irresponsable es la manera flagrante en la que esa consulta incumple una debida política de protección de datos.

Luego me llamaron a mí.

El doctor Cabello (no haré referencia alguna al hecho de que el tricólogo se apellide así) me recibió con su sonrisa cálida de siempre, como si el hecho de ponerme inyecciones en el cuero cabelludo fuese algo parecido a una experiencia

tántrica. No me preguntó por Clara, lo que de verdad agradecí, y me hizo tumbar en la camilla.

El doctor se mostró muy satisfecho con la evolución de mi folículo piloso, que cada día está más fuerte y ancho, y yo le creí, porque mi médico es una eminencia que tiene muchos diplomas de universidades extranjeras y viaja a Vancouver para participar en congresos mundiales de pelo, y solo alguien verdaderamente brillante conoce Vancouver.

Fue Clara quien lo descubrió. Ella me conocía como nadie y sabía que la posibilidad de quedarme calvo era algo que me agobiaba; es probable que mucho más que a ella, soy así de inseguro.

Recuerdo que la primera vez que me examinó, el doctor sugirió unas pastillas que, al parecer, ralentizan las hormonas responsables de que se caiga el pelo en los hombres y cuyo rarísimo efecto adverso es la pérdida de apetito sexual y un potencial aumento del pecho. Me negué en redondo a tomarlas, siempre he creído profundamente en la excepcionalidad y jamás habría corrido el riesgo de devenir frígido a una edad en la que el rendimiento es pleno. Clara también estaba de acuerdo, por supuesto. Me pregunto qué pensaría ella ahora sobre este asunto.

Perdona, me he vuelto a desviar. Regresemos al día en que te vi por primera vez.

El ritual fue el mismo de siempre; la ayudante del doctor me tendió unas gafas que me recordaban a las que se utilizaban en los años ochenta cuando se puso de moda ver las películas de cine en tres dimensiones y empezó la tortura. Noté los pinchazos, fue molesto. Me hizo sentir como un muñeco de trapo a quien estuvieran practicando vudú. Desconozco lo que me inyectan, Paul; podría tratarse de semen de ballena o de agua oxigenada, aunque prefiero no saberlo. No quiero obsesionarme pensando en que ese tratamiento

pueda provocar algún tipo de parálisis y hacer que se me tuerza la cara o me quede con la típica expresión de cuando alguien te pinza el testículo izquierdo.

Desde lo de Clara, me he vuelto algo hipocondriaco. Bueno, más bien se me ha agravado, porque creo que siempre lo he sido.

En estas últimas semanas, Paul, me ha empezado a doler la zona lumbar y siento rigidez en los hombros. Quiero pensar que es por todo lo que ha pasado, pero no te puedo negar que algunas noches he imaginado la posibilidad de padecer alguna enfermedad degenerativa, de esas en las que acabas de muy mal humor, como aquel señor que regentaba el quiosco más cercano a la casa de mis padres, un señor al que le faltaban ambas piernas y tenía un talante de perros.

Me he vuelto a desviar, Paul, lo siento.

Cuando el doctor acabó con el tratamiento, pagué los trescientos euros de la visita y salí de la consulta. La verdad es que no tenía ganas de volver a casa y hacer como que no había pasado nada. Me cuesta ver crecer a mis hijos sin su madre.

Empecé a caminar.

¿Sabes, Paul? Siempre me han gustado las calles pequeñas y escondidas de esa parte de la ciudad. Las viviendas son altas y estrechas, más propias de Notting Hill que del barrio de Salamanca, y los mantos de buganvillas que las envuelven generan una atmósfera silenciosa que me transmite paz.

Clara y yo solíamos pasear por esa zona e imaginábamos que algún día compraríamos una de esas casas. Queríamos decorarla con mucho papel pintado de rayas, como si fuésemos un matrimonio adorable inglés que se hubiera afincado en España atraído por los tipos de cambio tan bajos y la *joie de vivre* de Madrid. Imaginábamos una apacible convivencia con nuestros hijos: cultivaban su mente en el pequeño jardín de atrás,

leíamos a Shakespeare y preparábamos mermelada casera de arándanos con música de fondo de Sinéad O'Connor, que es una mujer desequilibrada que también debería ir a verte, pero que canta como nadie. Me imaginaba con ella (con Clara, no con Sinéad) tomando copas de vino blanco con hielo a partir del mes de marzo.

Entonces, cuando estaba a punto de dejarme llevar por la autocompasión, que es lo que cualquier persona sensata debe hacer cuando piensa en planes que ya no es posible que sucedan, el ruido de una vespa antigua intentando arrancar interrumpió mi intento de deriva nostálgica; un estruendo tan brusco y agresivo que en condiciones normales me habría generado mucha rabia, quizás ira. Sin embargo, no fue así: te reconocí mientras te ponías el casco.

Recordé que, en la habitación de su primera casa, Clara tenía un cartel de *Vacaciones en Roma*, un cartel en el que aparecía la misma antigualla que conduces. Seguro que sabes de qué cartel te estoy hablando, es uno en el que Gregory Peck está muy elegante y parece intuir que va a mantener relaciones sexuales con Audrey Hepburn.

Entonces comprendí que Clara me estaba enviando una señal.

En ese preciso instante, Paul, tuve la convicción de que ir a terapia era justo lo que necesitaba y que tú eras la persona indicada a la que debía acudir.

Clara sabía que soy muy bueno con los indicios. Y también sabía que nunca se me habría ocurrido ir a un terapeuta; honestamente, Paul, no te ofendas, pertenezco a una generación para la cual la asistencia psicológica implica una demencia o una manía descontrolada, y yo no soy de esa clase de personas, o quizás sí, ahora mismo tampoco sé quién soy en realidad.

Te confieso que, al principio, busqué ayuda.

Sí, Paul, muy al principio, cuando todo sucedió y comprendí que no la volvería a ver, por lo menos en esta vida, recurrí a la red para encontrar soluciones. Me imagino que seguía en estado de *shock* y me pareció la manera más discreta y anónima de proceder en estos casos.

Mi búsqueda no fue fructífera en absoluto. Acabé sumergido en un foro latino en el que recomendaban varios libros de autoayuda para superar cualquier duelo y un tutorial para consumir ayahuasca. Comprar un libro de autoayuda me parecía sórdido y marginal, casi peor que lo de escribir este diario; y, con respecto a la ayahuasca, resultaba algo agresiva para mí, que siempre me he considerado un hombre juicioso. Y creo que mi organismo no toleraría esas sustancias psicotrópicas.

Decidí cerrar esa página y no volver a consultar en internet nada relacionado con el bienestar mental; también me propuse seguir con mi vida.

Entiéndelo, Paul, no es agradable perder a alguien, y menos a tu mujer, pero debía mantener la compostura, debía concentrarme en sacar lo que quedaba de mi familia adelante. Además, siempre he pensado que he nacido en el lado afortunado de la vida.

Se me ocurrió investigar sobre existencias desgraciadas, trágicas, oscuras; experiencias que desdramatizasen lo que me acababa de suceder.

Me acordé de Nelson Mandela (y te aseguro que nunca lo había hecho); también de las víctimas del Holocausto (más olvidadas todavía); incluso recuerdo haber visto en bucle documentales de organizaciones sin ánimo de lucro que construyen colegios y llevan agua potable a minorías maltratadas que crecen entre moscas. Pero no conseguía nada, Paul, seguía sin poder sacar lo de Clara de mi cabeza. Esos días, aunque permanecen en una especie de nebulosa, sé que

no hice nada más que estar. De hecho, creo que el único compromiso al que acudí fue precisamente a aquella cita del doctor Cabello donde coincidimos.

El resto ya lo sabes.

Conseguí que me recibieses a los pocos días y, cuando me saludaste, comentaste que mi cara te resultaba familiar. No se me ocurrió nada más que responderte que tengo una cara muy corriente, lo que es incierto, dado que siempre me he considerado algo apuesto, y tú asentiste sin mucho convencimiento.

Podrías pensar que el inicio de esta relación se basa en la mentira, la inexactitud, la ocultación de información, y tienes toda la razón, Paul, no te lo puedo negar; aunque no me siento avergonzado, al fin y al cabo, todas las relaciones médico-paciente, abogado-cliente o confesor-culpable suelen empezar así.

Comenzamos la sesión. No sabía muy bien qué decirte y permanecí callado, quieto, inmóvil; casi tan estático como los libros que reposan en la pared de tu despacho. Y te confieso que aquel silencio, lejos de parecerme incómodo, me resultó de una educación exquisita, nunca habría pretendido contarle mis intimidades a un hombre que acababa de conocer. Lo siento, Paul, el simple hecho de que seas mi terapeuta tampoco te faculta para que te hable de mi vida con sinceridad.

Decidí hacerte un resumen muy corto de lo que me pasaba, quizás demasiado corto. O no, porque mi historia se explica en tres palabras:

Clara ha muerto.

Y dejé de hablar.

Sí, pese a que aquella visita me había costado incluso más que la del tricólogo, no te dije nada más; tampoco se me ocurría otra cosa que pudiese interesarte. Además, Paul, un

hombre recién enviudado tampoco se encuentra en el mejor momento para mostrarse dicharachero. Te pido disculpas, siento no haber podido desplegar contigo las múltiples habilidades sociales que siempre me han caracterizado; o que me caracterizaban. Te pido disculpas por no haberte dicho la verdad.

En lo que no te he mentado es en que me ha costado mucho empezar a escribir.

Lo intenté la tarde en la que fui a verte, pero no me vi capaz. Al igual que en tu sesión, no sabía qué contar. Y, cuando comenzaba un párrafo, lo borraba inmediatamente; temía que lo que escribiese pudiera ser utilizado en mi contra o lo considerases una estupidez.

He pasado las peores semanas de mi vida, Paul, y, sin embargo, cuando he querido relatártelo, es como si estuviera bloqueado; es como si el hecho de escribirlo fuese a oficializar que ha pasado en la realidad, y me parece más comfortable permanecer en la etapa de negación emocional.

Ayer por la tarde, decidí enfrentarme otra vez a mi realidad y empecé a escribir, pero era domingo y no me quedó más remedio que abandonar de nuevo ese propósito.

Nunca he aguantado los domingos, Paul, es herencia familiar. Uno de mis abuelos se deprimía los domingos por la tarde y se encerraba en su despacho para que nadie pudiese molestarle en su depresión; luego llegaba el lunes y volvía a estar perfecto. Coincidirás conmigo en que esa actitud demuestra una inteligencia suprema, muy contraria a las convenciones actuales sobre la necesidad de ser siempre positivo y convertir los estragos de la vida en algo que fortalece. No sé lo que pensarás tú al respecto, Paul, pero no aguanto esos discursos de *coach* a plazos que te impiden restregarte un poco en el barro cuando más lo necesitas.

Yo me encuentro mal, Paul, me encuentro verdadera-

mente mal; mucho peor que cuando me quitaron las cuatro muelas del juicio a la vez y se me puso la cara como si fuese Chewbacca. Aunque ahora, a diferencia de entonces, no poseo ningún trazo físico que delate lo que me ha sucedido. Ahora, a diferencia de entonces, nadie tiene por qué pensar que me ha pasado algo terrible y, quizás por eso, me he metido en el lío tan grave en el que estoy.

Debería haber imitado a mi abuelo. Debería haberme encerrado en un despacho hasta que todo esto pasase, haberme aislado del resto del mundo hasta que me encontrase con la serenidad suficiente para asumir que no la voy a volver a ver. Desde luego, no debería haber vuelto a la oficina. Quizás, si me hubiese quedado en casa, si hubiese seguido encerrado en mi universo tan oscuro como particular, jamás habría cometido la estupidez que he hecho, Paul. Quizás, todavía tendría alguna posibilidad de poder arreglar las cosas.



Me dijiste que intentase recuperar alguna de mis antiguas rutinas, que procurase practicar aquellas actividades de antes de que todo sucediese. Y, como hoy debía incorporarme a mi trabajo, he decidido que era el día en el que tenía que volver a la piscina.

Llevo nadando muchos años, Paul, siempre lo he hecho muy temprano, antes de ir a trabajar, cuando es de noche y mis hijos duermen. Es el único momento en el que siento que el tiempo me pertenece, el único momento en el que solo estoy disponible para mí. Clara se solía quedar en la cama y yo había desarrollado una destreza asombrosa para no despertarla y escaparme de la habitación; en cambio, hoy, cuando ha sonado la alarma y he encendido la luz, me he vuelto a dar cuenta otra vez de que no había nadie a quien

podiese despertar y no sé si ha sido la tristeza o el cansancio, pero me he mostrado especialmente torpe y ruidoso. He cogido mi bolsa de deporte, que es azul y lleva inscritas mis iniciales en blanco (Clara era una obsesa de los objetos personalizados), y me he marchado.

La piscina estaba desierta, siempre lo está a esas horas. Para mí esto es fundamental, Paul; nunca me ha gustado compartir las calles, ni el banco del vestuario, ni que nadie me vea con ese atuendo tan indigno que exige la natación, más indigno todavía si no eres Michael Phelps.

He conseguido nadar la misma distancia, con el mismo estilo y la misma duración, todo parecía igual que antes. Todo menos yo, Paul; me sentía incómodo y desubicado, quizás incluso culpable. Me imagino que me dirás mañana que esto es habitual, que volver a una rutina después de un episodio traumático es lo más difícil de gestionar porque es cuando te das cuenta de que la vida continúa con su ritmo mientras el tuyo parece haberse paralizado.

Cuando he salido del agua y vuelto al vestuario, he abierto la taquilla y, en un acto reflejo de pura inercia, he revisado los correos del móvil. Siempre he vivido enganchado a ese teléfono como cualquier cantante autodestructiva al *crack*, pero, desde hace tres semanas, más; desde hace tres semanas, cuando estoy incomunicado, tengo una sensación muy angustiada de que podría pasar algo determinante para la humanidad y que, en el momento en el que revise el teléfono, mi vida empeorará para siempre.

Evidentemente, he chequeado el aparato y no había pasado nada; nada relativo a Clara, quiero decir; solo había *e-mails* del trabajo. Una enorme cantidad de tareas recurrentes que se han ido acumulando durante estos días de ausencia y que he vuelto a dejar sin respuesta. En teoría, debería haber sabido despachar esos correos de forma efi-

ciente; repartir asuntos entre los miembros de mi equipo es algo monótono y sencillo, una costumbre que domino desde hace años, pero esta mañana no lo he hecho, no lo he querido hacer. Todo aquello me parecía lejano y sin importancia.

Antes de dirigirme a las duchas, me he observado en el espejo y debo decir que no me ha gustado en absoluto la imagen que me ha devuelto; estoy tremendamente deteriorado, Paul.

He adelgazado una barbaridad, diez kilos, quizás más. Parece, en todo caso, que he pasado tres semanas ayunando en un campo de supervivencia. No recuerdo haber comido mucho estos días, solo he bebido café y tomado algunos frutos secos de los que Clara siempre guardaba en la despensa. Incluso he perdido el flanco, ya sabes, esos pequeños micelínes laterales que nos salen a los hombres cuando alcanzamos cierta edad.

Fue Clara quien lo bautizó así; me cogía del flanco y se reía, y yo reía también, pero para no decir que me parecía espantoso y que carezco de sentido del humor cuando yo soy la víctima. Te confieso que llegué a comprarme, a escondidas de ella, por supuesto, una crema muy cara anunciada en la teletienda, una crema que prometía acabar para siempre con esas protuberancias laterales y otorgarme un vientre plano al estilo de un futbolista *stripper*; lo único que conseguí, evidentemente, fue una rojez y una sensación de calentura en toda la zona que me hizo sentir más incómodo todavía.

Perdona, me he vuelto a desviar, volvamos al vestuario.

Debería haberme alegrado de perder el puñetero flanco, Paul, y, sin embargo, tengo la sensación de que mi cuerpo es el de una persona débil y agarrotada; el de una persona viuda.

Me he duchado deprisa y he vuelto a casa.

Cuando he abierto la puerta, Vilma, la asistente, una chi-

ca malvada, pero de la que soy absolutamente dependiente dadas las circunstancias, estaba preparando el desayuno a mis hijos.

En honor a la verdad, Vilma no es tan malvada, Paul, de hecho, es perfecta; a pesar de que se llama igual que la mujer de Pedro Picapiedra, es más habilidosa que Mary Poppins. Vilma es discreta, eficiente, educada. Siempre se ha mostrado cordial y colaborativa. Solo es que quizás hemos tenido algunos roces desde que pasó lo de Clara.

Bueno, dejemos de hablar de Vilma, no quiero desviarme otra vez.

Cataclismo y Cornelius estaban sentados a la mesa del *office* de la cocina aguardando los manjares. Tenían legañas en los ojos y lucían unos pelos muy disparatados, como con forma de brócoli. Parecían contentos, espontáneos, llenos de vida; ajenos a cualquier desgracia que solo un adulto demasiado reflexivo podría intuir.

Te reconozco que me ha dado cierta envidia. ¿Es correcto sentir envidia de los hijos, Paul?

Yo, en cambio, estaba apagado. Me sentía como me imagino que se sienten los enterradores cuando comienzan su jornada laboral; los enterradores que no tienen ningún tipo de fetichismo con su trabajo ni nada que se le parezca, evidentemente. Esta mañana arrastraba la sensación de llevar atados a la cintura varios pesos de los que utilizan los buceadores para fisgar de forma irrespetuosa en el suelo marino y, aun así, he sonreído y he saludado (también a Vilma) de manera enérgica, muy enérgica, como un padre y un jefe ejemplar.

Un padre y un jefe irritante, Paul, porque, si lo piensas, en condiciones normales, nadie debería estar de buen humor durante las primeras horas de actividad; nadie debería estar de buen humor hasta dos o tres cafés o varios opiáceos más tarde. Es lo que marca la buena educación.